

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

MODOS DE VIVIR.

Por Federico Villoch.

Tipos populares

UNO de los artículos más vigorosos, y plenos de atinadas observaciones, y que más han perdurado en el recuerdo de sus lectores infinitos, no cabe duda que es el titulado «Modos de vivir que no dan de vivir», del genial costumbrista y satírico español «Figaro», Don Mariano José de Larra, el cual nos ha inspirado este nuestro titulado «Modos de vivir que daban para vivir», y que, como todos los que incluimos en estas colecciones de postales descoloridas no llevan otro propósito—no siempre logrado—de despertar, en lo posible, en la memoria de nuestros benévolo lectores, los gratos recuerdos de nuestra pasada existencia. Aparte los profesionales, los potentados, los artistas y artesanos, los empleados del gobierno y particulares, los sablistas y vagos de oficio—que son los que han encontrado el «modo de vivir» más fácil y cómodo—ha habido siempre una serie de pequeñas profesiones que han llenado los anhelos de un gran número de mortales. No hay nada más relativo que las necesidades de los hombres, ni tampoco se reconoce mayor dicha que la de aquel que se conforma con poco, aunque el credo de los ambiciosos le haya hecho creer lo contrario: también tiene su poesía la pobreza.

Fuimos compañeros aquí en la Habana, en el «oficio» de autores teatrales, de un nieto del ilustre «Figaro», de Luis de Larra, hermano del notable actor cómico D. Mariano, hijos ambos del aplaudido y fecundo autor don Luis Mariano de Larra, y primos de los hermanos Montemar, corredores de Bolsa, dos caballeros muy conocidos y apreciados en nuestro viejo mundo bancario—menudos de cuerpo, muy simpáticos, vestidos corrientemente de impecable traje blanco—hijos de Baldomera, la única hija que dejó Larra, y que también residió aquí en la Habana algún tiempo. También cultivamos la amistad del actor Don Mariano, cuando estuvo entre nosotros como director de la compañía Larra-Balaguer, que funcionó en el teatro Nacional, y después director de una Academia de Declamación que duró poco. A todos estos Larra, lo que les faltaba de estatura, les sobraba de simpatía y talento.

Entre las obras teatrales de Luis de Larra, se destacó su zarzuela en un acto «La Trapera», en cuyo desempeño se hacía aplaudir aquí en la Habana la artista Luisa Obregón, que no habrá ciertamente olvidado nuestro público: puede decirse que el nieto copió de su abuelo, para asunto de su obra «La Trapera», aquellos párrafos en que el genial escritor la describe en su artículo «Modos de vivir que no dan de vivir», y entre los

que se destacan estas observaciones que revelan la pluma fácil del autor de «El Castellano Viejo» y tantos famosos artículos de costumbres. «La Trapera», por lo regular, decía «Figaro», antes por supuesto de serlo, ha sido joven, y aun bonita; muchacha, fría buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera obscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y éste la hubiera sostenido. Por desdicha, era bien parecida, y un «lindo» de la calle de Toledo se encargó en sus verdes, de hacerle creer, etc., etc. La vejez por fin vino a sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades; el hambre le puso el gancho en las manos, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana: ¡Ay infeliz, de la que nace hermosa!

Aquí no se conocía «La Trapera», pero sí «El Trapero», por lo corriente un chino, que iba con su gancho y su saco al hombro revolviendo los cajones de basuras, y llamando en las casas para comprar los trapos viejos y venderlos después en las fábricas de papel de Puentes Grandes. Las mamás asustaban a sus muchachos majaderos, diciéndoles que «el chino se los iba a llevar en el saco», así que los chiquillos huían, medrosos, al verlo llegar por la calle.

Muchos de los modos de vivir que según «Figaro» no daban de vivir, subsisten aun en Madrid; pero nosotros, en lo que a lo nuestro atañe, vamos a referirnos especialmente a aquellos que ya han desaparecido; por ejemplo, al italiano calderero, especialista en «remaches». Desde que los congresistas los hacen y los legislan a su antojo, y cuando les conviene ¿qué iba a hacer el infeliz pailero napolitano, sino retirarse, en vista de su inutilidad, modestamente por el foro? El italiano pailero se anunciaba por las calles, repicando con un martillo, unas veces sobre un sartén viejo que llevaba, otras, sobre una paila de las que entonces se usaban, cuando se hacía en casa el lavado de la ropa, para hervirla. Por lo general estos italianos eran calabreses, a diferencia de los que vendían estatuitas y muñecos de yeso—«¡Santi, Boniti y Barati!»—que eran florentinos. Pareja con el pailero existía «el componedor de batea», que llevaba una colgada al hombro, repicando sobre ella con un palillo; desapareció cuando los trenes de lavado al vapor hicieron innecesarios sus servicios.

Un modo de vivir que daba más que otros, según el crecido número de sus adeptos que se veía en la ciudad: «El Barquillero». ¡Qué contento entre los muchachos, cuando sobre las cinco de la tarde, oían aproximarse el alegre repicar del barquillero en su triángulo anuncia-



2

dor! ¡Qué cuadro más animado en el Parque, cuando la turba infantil rodeaba la roja caja de los barquillos, y se los ponían en las puntas de los dedos, para comérselos uno a uno! Los más gritaban ¡La Ruleta! ¡La Ruleta! Pero también los había que no confiaban el medio de la mamá o la abuelita a los caprichos de la fortuna, sino que lo gastaban con cautela: seguro que éstos llegaron a alguna parte. Los vendedores de duro frío y de indigestas torticas de Morón, acabaron con los barquilleros.

Aunque subsisten en la actualidad, queremos también cederle un hueco en esta postal a dos modos de vivir que daban de vivir, en aquel tiempo: al botellero, y al amolador, que llevaron a la escena vernácula aquellos dos inolvidables artistas del género, fallecidos ambos, Arquímedes Pous y Raúl del Monte; este último lo sacaba en la obra de Saragacha, «Mefistófeles», que se ponía en el teatro Irijoa; y el primero en sus trabajos de variedades, en Alhambra y otros teatros. Raúl cantaba al son de una cadenciosa música:

El amolador
muele navajas,
que sí señor,
cuchillos de mesa
y de lo mejor.

Arquímedes, empujando su carretilla de botellas vacías, cantaba:

Compro botellas
casco e ginebra,
pomo de duse
melocotón.

Con uno y otro alternaba en el favor del público, y se buscaba la vida a su modo, aquel negrito «Serafín», que iba por las calles en un tricículo, adornado de banderitas, cintas y otros colgajos, y llevando en unos cajoncitos, adosados a la máquina, ejemplares de décimas callejeras, estampas, almanaques y novelas policíacas de Conan Doyle, Salgari y otros autores del género. «Serafín» vestía un saco color gris, y se tocaba con un bombín en no muy buen estado. Aseguraba tener una pensión de Menocal, que estaba entonces en la Presidencia, por «difundir la ilustración entre el pueblo». Llevaba delante del tricículo un cartón con un letrero en grandes y negros caracteres que decía: «La Biblioteca Ambulante». Existían entonces dos fábricas importantes de dulces: «La Alianza» y «La Fe»; y se llamaban «particulares» los vendedores callejeros de dulces que no procedían de esas fábricas, sobresaliendo entre ellos un

dulcero muy popular llamado «Cucharita», un moreno que siempre vestía de blanco, algo barrigón, y que hacía cuentos en alta voz, simulando que lloraba porque «la mujer lo había dejado por otro que tenía más dinero»; y terminaba cantando: «Tanto tienes tanto vales» — «El amor entra por la cocina». Su pregón, muy característico, decía: «Aquí está «Cucharita», que vive en Jesús del Monte, donde cantan los sinsontes». No hay que olvidar los burreros que paseaban sus burras de leche por las calles, comiéndose aquéllas los papeles y cuanto les tiraban los muchachos. Era frecuente que los pillos callejeros al verlas, dijeran: —Ahí va la directiva del... Y al punto, la contestación obligada del burrero.

Otros modos de vivir que fueron el sostén de varias familias, hasta que las industrias, en mayor escala, las obligó a sucumbir con su despiadada competencia: las fábricas, domésticas, de escobas, plumeros de pita, cajitas para fósforos, y caramelos para uso de las farmacias. Era conocida una familia muy hacendosa a la que se le llamaba «las carameleras», que hicieron un buen dinero con esa industria. Hasta hace poco existió el vendedor a domicilio del «jarabe de güira cimarrona, para el pecho». El carro de los panes ya no se ve por las calles, y el que desee algunos de ellos tiene que irlos a comprar a ciertos y determinados cafés que son ya los únicos que los venden. También han desaparecido los vendedores de bastones, o sea, los que vendían escogidos troncos de madera del país, para fabricarlos; pero quedan en cambio los «paragüeros», quizás como una velada alusión en ciertos casos. El «zapatero remendón» aun existe; pero ha cambiado de nacionalidad; antes, casi siempre, era gallego, o del país—como el de la obra bufa de Sarachaga «El Baile por Fuera»—hoy indefectiblemente es polaco. Ningún inmigrante como éste para adaptarse a los

usos y costumbres del país, con mayor rapidez y perfección; de tal modo, que a los dos o tres años de residencia entre nosotros, habla y discute de pelota como el más acabado beisbolero criollo; y ellas cantan sones y bailan la rumba, como cualquiera Rita Montaner de casa.

Un tipo muy popular y corriente en la Habana de aquellas épocas, era el «aguardador de barrilito», que vivía de despachar el entonces precioso líquido de Vento, en algunas casas, cuando aun no se había inaugurado el Acueducto. Asturiano o gallego, más bien lo primero, vestía burda camisa de grueso hilo; pantalones de pana de color indefinible, los mismos acaso



que había traído al desembarcar en la Habana; ancho y mugriento sombrero de fieltro; envuelto el vientre en una faja de seda que había sido roja, y media lo menos par de kilómetros de larga. Llevaba el barrilito al hombro, del carretón a la tinaja de la casa, cubriendo el agujero por donde salía el agua con un tapón que se ajustaba a aquél mediante un cuadrado de negro cuero, ya casi destruido por el uso. Además de aguador, era garrotero al cinco y diez por ciento mensual, según el pelaje del deudor. Manuel Mellado, autor y actor bufo de fama y gracia, sacaba a escena este tipo en una de sus obras, interpretándolo él mismo, y presentándolo en una casa cuyo inquilino le había solicitado un préstamo de diez pesos. Convenida la operación, en principio—como cualquier empréstito de millones al Estado—el aguador iba lentamente, vuelta tras vuelta, desprendiéndose de la mugrienta faja, entre cuyos últimos pliegues guardaba la no menos mugrienta cartera de los menudos, preguntándole al necesitado, antes de sacarlos a luz:

—Bueno, amijo, y ¿ésto, quién lo jaraniza.

—Hombre—contestaba el otro—yo tengo un sueldo en el Municipio, y...

—¿Monecipro?—saltaba rápido, *The Export and Import Bank*—no me conviene.

Y volviendo a enrollarse la faja, esta vez más de prisa, se echaba de nuevo el barril al hombro; y se iba por el foro con su acostumbrada pachorra, entre las maldiciones del empleado y las carcajadas del público, que se refa a mandíbula batiendo del aguador, del infeliz chasqueado y del Monecipro.

Otro busca vidas de aquella época muy pintoresco, y que seguramente recordarán muchos lectores: El Catalán de las Butifarras. Muy aseado y limpio, con su eterna americana de alpaca y su bombín a la moda, llevaba su mercancía al resguardo de un maletín de mano, convenientemente envuelto en una blanca servilleta, sirviéndolas y cortando las ristras con limpios cuchillos y tenedores de brillante plata. Se anunciaba pregonando con su discreta voz de barítono, y cerrado acento provincial:

**Butifarras catalanas
bonas, bonas, bonas,
de Vich y de Tarragona.**

Contaba con una escogida y fiel marchantería, entre la que despachaba sus exquisitas butifarras en unas pocas horas de la mañana; hasta un día en que, sino rico, bien forrado, al menos, se embarcó para su tierra, «a beber el agua al pie del coco».

Buenas se las fiamos a los postalistas del futuro, para el día que traten este tema de los menudos vendedores y compradores callejeros del presente: vendedores y compradores callejeros del presente: vendedores de lápices, de limones, de duro frío, de almanaquitos del Obispado, de paqueticos de navajas para afeitarse

en casa, de peines que detallan a pares por una nada, de folleticos conteniendo los últimos tangos argentinos de Simona Simon, Libertad Lamarque, Tito Guizar y demás cantantes de moda; vendedores, en fin, de cuanto pueda venderse. Los descoloridos de la primera intervención recordarán a muchos que empezaron vendiendo lápiz y cabos de pluma, por la calle del Obispo; y años después estaban en condiciones de comprar la dicha calle de punta a cabo, y no de pluma.

El «copista de teatro», cuando los había, era también otro modo que ayudaba a vivir a algunas personas, destacándose entre ellas el viejo Castel, que era apuntador y copista al mismo tiempo. Sacaba copias de los libretos de los autores vernáculos, con sus papeles, y también de partichelas para las orquestas teatrales, siendo en todo ello una notabilidad por su magnífica y clara letra española. A esta especialidad se agregaba la de los pintores de cartelones y letreros, entonces no tan abundantes como al presente, destacándose en esos menesteres el viejo actor cómico vernáculo Enrique Castillo, que los hacía primorosos, así en lienzo con tintas de colores, como con yeso, en los escaparates de los cafés. Los pintores de ínfima clase que hacían los cartelones, reproduciendo, como anuncio llamativo, alguna culminante escena de la obra, ganaban por su trabajo hasta tres pesos, de modo que con tres o cuatro cartelones a la semana, reunían un jornal aceptable.

Y ya entre carteles y telones, un recuerdo amable para aquellos modestos hijos de Talía que, ora tomando parte en las funciones dramáticas con que obsequiaban algunas sociedades de recreo y adorno a sus asociados; ora, sumándose al cuadro que iba de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, recreando a sus moradores con escogidas interpretaciones de dramas, comedias y juguetes; ora, «haciendo un bolo» en alguna compañía de importancia, a causa de la repentina indisposición de algún artista de la misma; un recuerdo, decimos, para el actor profesional, bueno o mediano, al que en aquel tiempo no le faltaba nunca un pedazo de pan que llevarse a la boca, ganado con el noble desempeño de su arte...

Nos viene a la memoria, envuelta en un hálito de poesía y ternura, la viejecita vendedora de muñecas, hechas por ella misma con perfección y elegancia, y las que iba proponiendo a su infantil marchantería, de casa en casa y de paseo en paseo. Lo más atrayente de ella era su sonrisa de resignada, su vocécita suave, respetuosa, reflejo de la buena educación que había recibido en sus buenos tiempos, y la pulcritud de su pobre, viejo traje, que denunciaba un bienestar pasado, destruido por la desgracia. Según los trajes y atavíos de sus muñecas, así las llamaba por los nombres de Panchita, Margarita, Pepillita, la Señora Condesa, la Señora Marquesa. Las vestía con telas del tiempo antiguo que le regalaban y recogía por las casas, foular, sedas rameadas, gros,

nipes, y otras que ya no se usaban. Ninguna muñeca de París de Francia, del más puro biscuit, igualaba la gracia y la consistencia de las suyas. Tenía un tino tan delicado y certero para dibujarles el rostro, que, con unas solas puntadas de hilo de seda rojo, negro, o verde, las hacía sonreír o mirar altiva o dulcemente. En nuestra obra vernácula «El Encanto de las Damas», llevamos a escena el tipo de la «viejecita vendedora de muñecas», interpretándolo aquella genial e inolvidable artista nuestra, Eloísa Trías, de tan acertado modo, que le arrancaba al público lágrimas y aplausos. Los que conocieron el tipo en la realidad, lo veían

exactamente reproducido, resucitado, con todos sus más pequeños detalles, en la genial creación de la artista vernácula, que nunca será bastante llorada por los amantes de nuestro viejo teatro criollo. Vamos a reproducir algunos fragmentos de la escena entre el dueño de la tienda y la viejecita vendedora de muñecas, para completar en lo posible la evocación de esa figura, tan popular en aquella Habana ochocentista, que, los que la conocieron y amaron, no olvidarán tan fácilmente:

—Buenos días tenga usted.

—¡Más muñecas!

—Sí señor;
pero éstas son un primor

de gracia.

—Si ya se vé.

—Y baratas.

—Claro está;
sino no las vendería;
porque las niñas del día
no quieren muñecas ya.

—Sin embargo, antes de ayer
le traje algunas docenas,
y ya le quedan apenas
cuatro o cinco.

—Puede ser.

—Que las niñas me decía
no quieren muñecas?

—No.

—¿Y qué quieren?

—Qué se yo.

—Modernismos.

—¡Qué herejía!

—Aunque sea extraordinario
no he dicho una extravagancia.

—¡Qué va!... La infancia es la in-
(fancia,

aunque digan lo contrario.
Puedo con datos cabales
hablar de los niños.

—Ya.

—Tengo nieta.

—Mas será...

—Igual, todas son iguales.

—Mas deje que le demande
dos o tres más pesetitas;
con las muñecas chiquitas
he de vestir a la grande.

—No han valido mis desvelos;
pero si no puede ser,
¡Paciencia! ¿qué se va a hacer?
¡le compraré caramelos!...

Aquí la concurrencia aplaudía con fuerza y entusiasmo. La artista saludaba emocionada. Pero el aplauso era en ocasiones tan insistente, que la intérprete se veía en el caso de sacar al autor, quien salía de su mano, a saludar a su público... Como «el barquillero»; como «el italiano remachador de pailas y calderas»; como los «fabricantes domésticos de escobas»; como «el preparador de jarabe de güira cimarrona»; como «el catalán de las butifarras», y demás recursos y ocupaciones que hemos descrito anteriormente, el oficio de autor teatral cubiche ha desaparecido; y de él no quedará en breve ni el más borroso, «descolorido» recuerdo; he ahí también otro modo de vivir que daba para vivir, en aquel tiempo, con desahogo y decencia.

Ahora tenemos un nuevo modo de vivir, con el que no habíamos contado nunca: «los vendedores de Constitución». Una cosa que nos costó un ojo de la cara; y ya la están pregonando por las calles a diez centavos...

En nuestra anterior postal MODOS DE VIVIR, entre otros populares vendedores de aquella época, a que hacíamos referencia, citamos al conocido en toda la Habana por el «Catalán de las butifarras», de cuyo nombre no nos fué posible acordarnos en el momento de escribir dicha postal. Por teléfono, una amable señorita nos participa, desde Puentes Grandes, donde vive, que se trataba de su padre don José Grau, quien además tenía un puesto de aves, que atendía con su consorte, en la Plaza del Vapor. Nos compla-ce esta aclaración, por la que verán nuestros lectores que nuestras postales se inspiran siempre en hechos y personajes de la realidad.—F. V.